

# CONTEMPLATIVUS IN LIBERATIONE.

## DE LA ESPIRITUALIDAD DE LIBERACION A LA PRACTICA DE LIBERACION.

*Leonardo Boff*

*El conocido Teólogo brasileño nos introduce en los caminos de una práctica cristiana que integra oración y acción liberadora. Este trabajo fue escrito como aporte a un proyecto común de varias revistas latinoamericanas para iluminar el tema de una espiritualidad de liberación.*



### **El choque espiritual.**

Lo que ha caracterizado en los últimos años la vida eclesial latinoamericana ha sido una creciente concientización de la responsabilidad de la fe en los cambios sociales que propicien más justicia y participación de las grandes mayorías pobres de nuestros países. A la luz de la fe y en solidaridad evangélica con los más necesitados, más y más grupos significativos de Iglesia, incluso episcopados enteros, han intentado vivir y enseñar la fe cristiana de tal forma que sea efectivamente un motor de liberación integral del hombre. Así, en el interior de las comunidades cristianas está en marcha un vasto y bien articulado proceso de liberación que nace de la unidad fe-vida. Junto a ello se ha elaborado su correspondiente discurso crítico que viene bajo el nombre de teología de la liberación o de teología hecha en los intereses de la liberación integral especialmente de los más oprimidos de la sociedad. Pero lo que sustenta la práctica y la teoría (teología) liberadoras es una experiencia espiritual de encuentro con el Señor en los pobres. Por detrás de toda práctica innovadora en la Iglesia, en la raíz de toda teología verdadera y nueva se esconde latente una experiencia religiosa típica.

Esta constituye la palabra-fuente; todo lo demás resulta de esta experiencia totalizadora, es esfuerzo de traducción en los marcos de una realidad históricamente determinada. Solamente con este presupuesto se pueden entender las grandes síntesis de los teólogos del pasado como San Agustín, San Anselmo, Santo Tomás, San Buenaventura, Suárez, Rahner y otros maestros del Espíritu.

Toda experiencia espiritual significa un encuentro con un rostro nuevo y desafiante de Dios, que emerge de los grandes retos de la realidad histórica. Grandes cambios socio-históricos cargan en su seno un sentido último, una exigencia suprema que los espíritus religiosos detectan como advenimiento del misterio de Dios. Dios posee solamente significado cuando, efectivamente, aflora como lo radicalmente importante de una realidad dada en sus sombras y en sus luces. De este modo, Dios no surge meramente como una categoría definida dentro del marco religioso, sino como acontecimiento de sentido, de esperanza, de futuro absoluto para el hombre y su historia. Esta situación propicia una experiencia propia y típica del misterio de Dios.

Esto que señalamos, quiere expresar el momento subjetivo de la experiencia. Pero podemos enunciar lo mismo dentro de un lenguaje estrictamente teológico. Entonces decimos que Dios, en su voluntad de auto-comunicación, se revela concretamente en la historia. El hombre capta un rostro nuevo de Dios porque Dios así se está revelando. El pone sus signos sacramentales, elige sus emisarios, hace crear un discurso adecuado e incita a prácticas consecuentes. Y habrá siempre espíritus atentos que sabrán identificar la voz nueva de Dios y ser fieles a sus interpelaciones.

Creemos que en los últimos años

hubo una irrupción volcánica de Dios en nuestro continente latinoamericano: El ha privilegiado a los pobres como su sacramento de auto-comunicación. En los pobres hizo oír sus exigencias de solidaridad, de identificación, de justicia y de dignidad. Y las Iglesias supieron ser obedientes (ob-audire: fueron oyentes) a la llamada de Dios. Frente al escándalo de la pobreza, urge actuar por los pobres contra su pobreza en función de una justicia para todos. Esta actuación posee una neta dimensión de liberación que nace como historificación de la fe que quiere ser adhesión al Señor, presente en los pobres.

Luchar con los pobres, hacer cuerpo con sus anhelos es comulgar con Cristo pobre y vivir en su seguimiento. Esta perspectiva implica ser contemplativo en la liberación—contemplativus in liberatione— y supone una nueva forma de buscar la santidad y la unión mística con Dios. El choque espiritual con la nueva manifestación de Dios produce rasgos propios en la espiritualidad como es vivida y practicada por tantos cristianos comprometidos con la liberación integral de sus hermanos. Este choque espiritual se encuentra en la base de la teología de la

liberación. Antes de intentar una descripción de esta espiritualidad, convendría ubicarla en la gran tradición espiritual de la Iglesia y también subrayar los puntos de su originalidad. El gran problema que importa es cómo ser contemplativo en la liberación; cómo vivir un encuentro vivo y concreto con Dios en las prácticas pastorales y en contacto con el pueblo. Quizá se pueda identificar mejor lo específico de esta espiritualidad latinoamericana reflexionando el tema sobre el trasfondo de la tradición espiritual cristiana.

### **La diferencia espiritual.**

Ciertamente la formulación más clásica de la búsqueda unidad fe-vida fue elaborada por la tradición monacal bajo el lema *ora et labora*; orar y también trabajar. No es aquí el lugar para hacer la trayectoria histórica de esta inspiración. Basta que captemos su tendencia dominante que consiste en el predominio soberano del *ora* sobre el *labora*. Esta espiritualidad toma como eje de organización de la vida espiritual el momento de la oración y de la contemplación, alternado con aquél del trabajo. La oración capitaliza todo el valor y se expresa mediante los signos del campo religioso: la liturgia, el oficio del coro, los ejercicios devocionales y toda la gama de expresiones religiosas. El trabajo en sí no es mediación directa de Dios; lo es en la medida en que viene bañado por los influjos de la oración y de la contemplación; él significa la profanidad y la pura naturaleza; constituye el campo de la expresión ética y el lugar del testimonio cuyo sentido se elabora en el ámbito de la oración. Esta se prolonga hacia adentro del trabajo, haciéndolo también sagrado. La concepción de fondo implica una especie de "monofisismo espiritual": la única naturaleza de la oración rescata la profanidad creacional y natural del trabajo. Por eso, perdura un paralelismo jamás superado totalmente: por una parte la oración y por otra el trabajo. La partícula y (et) es índice de este bilingüismo espiritual. Esta espiritualidad llenó de oración y elevación el trabajo de los cristianos y pobló de signos religiosos todos los rincones considerados profanos.

El desarrollo socio-histórico se encaminó en la dirección de la relativa autonomía de lo profano y de una cultura del trabajo. La operatividad y la eficacia son los ejes de la moderna cultura cuya expresión acabada se encuentra en nuestros días bajo el imperio de la empresa científico-técnica. El lema se invierte: *labora et ora*, trabaja y ora. Se descubre el carácter divino y crístico de la creación y del trabajo como forma de colaboración humana a la acción divina. Dios no nos regaló un

mundo acabado, sino que quiso asociarnos a su tarea transformadora. El trabajo posee su dignidad y sacralidad, no por estar bautizado por la oración o por la buena intención sobrenaturalizante, sino por su misma naturaleza creacional insertada en el proyecto cristológico. Lo que importa es el trabajo hecho en su recto orden, orientado a la construcción de la ciudad terrena querida por Dios y anticipadora de la ciudad celestial. Especialmente el trabajo por la justicia y comprometido con los pobres realiza lo que intenta toda oración: el contacto con Dios. La tradición profética es explícita en esto (cf Is 1,10-20; Jr 22,16) y Jesús se refiere directamente a ella (Mc 7,6-8); no son las prédicas sino las prácticas las que nos alcanzan la salvación (Mt 25,31-46). La oración sigue teniendo su lugar y valor, pero su verdad se mide en su cualidad de expresión de la vida verdadera y éticamente correcta. En su forma más radical, esta espiritualidad del carácter divino de la materia y del trabajo, llevó a un vaciamiento de la oración, de la expresión litúrgica y devocional.

Esta perspectiva valora el carácter objetivo de la gracia que pervade todas las esferas y no está restringida al campo de la conciencia y de la explicitación. En otras palabras: la presencia de Dios no se realiza automáticamente ni exclusivamente ahí donde se habla de Dios y se cultiva su memoria, sino siempre y objetivamente donde se historifica una práctica correcta de verdad y de justicia, aunque no exista una conciencia explícita de Dios. Pero el predom-

inio del trabajo, vivido religiosamente, sobre la oración, deja perdurar un nuevo paralelismo que puede llegar a un "monofisismo espiritual" ahora bajo la égida de la categoría trabajo. La oración es otra forma de trabajo o de práctica, perdiendo su especificidad en cuanto oración. Mientras se habla de trabajo y oración, *labora et ora*, no se ha logrado suficientemente la unidad fe-vida, acción-oración.

La síntesis que importa elaborar y que está en gestación en América latina es de la oración *en* la acción, *dentro* de la acción y *con* la acción. No se trata de orar por un lado y de actuar por otro, ni de una oración fuera del compromiso concreto con la liberación de los oprimidos sino de orar en el proceso de liberación, vivenciar un encuentro con Dios *en* el encuentro con los hermanos. Podemos decir que cada gran santo ha logrado esta síntesis vital y concreta y que siempre constituyó el secreto de toda la vida auténticamente cristiana.

Pero en América latina nos toca vivir una situación de cierta manera nueva, o por lo menos con acentos muy particulares. El problema no es simplemente la relación oración-ac-

ción, sino oración-liberación, vale decir, oración-acción política, social histórica, transformadora. En su formulación correcta la cuestión se plantea en términos de Mística y Política:

¿Cómo estar comprometido radicalmente con la liberación de los oprimidos y al mismo tiempo comprometido con la fuente de toda liberación que es Dios? ¿Cómo compaginar la pasión por Dios —característica de todo hombre verdaderamente religioso— con la pasión por el pueblo y su justicia, nota distintiva de todo militante político? Esta síntesis para

ser completa y consistente tiene que aprovechar toda la riqueza del *ora et labora*, de la oración como encuentro privilegiado con el Señor; debe aprovechar también toda la verdad presente en el *labora et ora*, del valor religioso del trabajo y del compromiso realizador de la justicia y de la fraternidad.

No se trata de hacer una síntesis verbal o una correcta relación de los términos. Se trata de vivir una práctica cristiana que a la vez esté imbuida de oración y de compromiso; importa que el compromiso nazca de la oración, y que la oración brote del corazón del compromiso: ¿Cómo alcanzar esto?

### **Pasión por Dios en la pasión por el empobrecido.**

La experiencia de la fe viva y verdadera construye la unidad de oración-liberación. Pero hay que entender correctamente la experiencia de fe. La fe es, primariamente, una manera de vivir todas las cosas a la luz de Dios. La fe define el desde dónde y el hacia dónde de nuestra existencia que es Dios y su designio de amor comunicado y realizado en todas las cosas. Para el hombre de fe la realidad no es, originalmente, profana y sagrada, sino simplemente sacramental: revela a Dios, evoca a Dios, viene empacada por la divina realidad. Por eso, la experiencia de fe unifica la vida porque contempla la realidad unificada por Dios como origen y como destino de todo. Como modo de vivir, la fe viva implica una postura contemplativa del mundo: ve y encuentra huellas de Dios por todas las partes. Pero no basta que la fe sea viva; importa que sea verdadera. Es solamente verdadera la fe que se hace amor, verdad y justicia. El Dios vivo de las Escrituras es un Dios que abomina la iniquidad y ama la justicia. Le agradan no solamente los que lo aceptan, sino los que construyen su Reino que es de verdad, de amor y de justicia. Solamente esta fe comprometida es fe salvífica y por esto verdadera: "La fe sin obras es inútil" (Sant 2,21); una fe pura, sin prácticas, la tienen también los demonios (Sant 2,20).

La fe cristiana sabe que Cristo tiene una densidad sacramental especial en los pobres. Ellos no tienen

solamente necesidades que hay que atender; poseen una riqueza única y propia: son portadores privilegiados

del Señor, destinatarios primeros del Reino, con un potencial evangelizador de todos los hombres y de la Iglesia (Puebla, 1147). El creyente tiene no sólo una mirada socio-analítica del pobre; se identifica apasionadamente con las causas que generan los mecanismos de empobrecimiento. Supuesto todo esto, mira la clase de los empobrecidos con ojos de fe y descubre en ellos el sufriente del Siervo de Yavé. Y esta mirada no se queda en lo contemplativo, como "usando" el pobre para unirse al Señor. Cristo se encuentra identificado con ellos y quiere ser servido y acogido. Esta situación de miseria pro-

voca una conmoción del corazón: "yo tenía hambre"... (Mt 25,35). Alguien está verdaderamente con el Señor en los pobres si se compromete a luchar contra la pobreza que humilla al hombre; Dios no la quiere porque es iruto del pecado y la explotación. La misma fe verdadera implica y exige un compromiso liberador: "...y me han dado de comer" (Mt 25,36). Si no llega a la acción liberadora, no solamente no ama al hermano sino que tampoco ama a Dios (Jn 3,17); el amor no puede ser "de palabras y de lengua, sino con obras y de verdad" (1 Jn 3,18).

Esta experiencia espiritual confiere unidad a la relación fe-vida, mística-política. El problema que se plantea es: ¿cómo mantener esta unidad? ¿Cómo alimentarla frente a todas las fuerzas de disgregación? Esta visión contemplativa y a la vez liberadora no emerge espontáneamente; es la expresión más significativa de la fe viva y verdadera. Pero ¿cómo dar consistencia a esta fe?

Aquí emergen los dos polos: la oración y la práctica. Sin embargo la cuestión es no quedarse en la polarización o en la juxtaposición; así caeríamos de nuevo en los dos "monofisismos" que criticábamos anteriormente. Hay que articular dialécticamente los dos polos; hay que considerarlos como dos espacios, abiertos el uno al otro, implicándose mutuamente. Pero hay también que privilegiar uno de los polos: el de la oración.

Por la oración el hombre expresa lo más grande y profundo que existe en su existencia: puede elevarse por encima de sí mismo, trascender todas las magnitudes de la creación y de la historia, asumir una posición "extática" y entablar un diálogo con el Supremo Misterio y gritar "¡Padre!". Con eso no deja atrás de sí el universo, sino que lo asume y lo hace ofrenda a Dios; pero se libera de todas las amarras, denuncia todos los absolutos históricos, los relativiza y se enfrenta solo y desnudo con el Absoluto para hacer con El una historia. Ahí se descubre a Dios como el Santo; con El estamos delante de lo sumamente Serio y Definitivo; con El no se juega. Pero a la vez, este Dios. Santo y absolutamente Serio, se revela como un Dios comprometido, sensible a los sollozos de los oprimidos. El puede decir: "He visto la opresión de mi pueblo... he oído sus quejas contra los opresores, me he fijado en sus sufrimientos y he bajado a liberarlos..." (Ex 3,7-8). Por tanto, el Dios que por la oración dice al hombre: ¡ven! en la misma oración dice: ¡ve! El Dios

que llama es el mismo que lanza al compromiso de liberación. El pide unir la pasión por Dios con la pasión con los oprimidos. Mejor: exige que la pasión de Dios en Jesucristo sea vivida en la pasión de los hermanos sufrientes y necesitados.

La acción de servicio al hermano y de solidaridad con sus luchas de liberación alimenta la óptica que permite al creyente ver en el pobre y en toda una clase de explotados la presencia sacramental del Señor. Sin la oración nacida de la fe, la mirada es opaca y ve en la superficie, no alcanza aquella profundidad mística en la cual entra en comunión con el Señor presente en los condenados, humillados y ofendidos de la historia.

Por otra parte, el polo de la práctica liberadora reenvía al polo de la oración como a fuente que alienta y sostiene la fuerza en la lucha, y garantiza la identidad cristiana en el proceso de liberación. Al cristiano le interesa que liberación sea efectivamente liberación, y así anticipación del Reino y concreción de la redención de Jesús dentro de la historia. La fe y la oración propician contemplar su esfuerzo, muchas veces poco relevante, como construcción histó-

rica del Reino. La práctica social tiene su densidad concreta e intramundana, pero su significado no se agota en esta determinación; la fe desvela su sentido trascendente y su significación salvífica. Por eso, para alguien que ha comprendido esta perspectiva, el servicio liberador con los hermanos constituye una verdadera diaconía al Señor, un asociarse a su obra redentora y liberadora, y a una real "liturgia" en el espíritu.

Es lo que significa ser *contemplativus in liberatione*. La contemplación no se realiza solamente en el espacio sagrado de la oración, ni en el recinto sacrosanto de la iglesia o del monasterio; ella encuentra su lugar también en la práctica política y social, bañada, sostenida y alimentada por la fe viva y verdadera, práctica que objetivamente realiza la salvación.

Es un gran fruto de nuestra Iglesia latinoamericana el hecho de que los obispos, sacerdotes, religiosos y laicos más comprometidos con las causas de los pobres (su justicia, sus derechos, su dignidad) son también los más comprometidos con la oración; unen en un mismo movimiento el amor y entrega a Dios y al prójimo más necesitado.

### **Características principales y retos de esta espiritualidad.**

Se trata de identificar algunos rasgos más significativos de esta contemplación vivida en contexto de liberación.

#### **1. Oración encarnada en la acción.**

La oración liberadora recoge todo el material de la vida comprometida: las luchas, los esfuerzos colectivos, los errores y los logros alcanzados.

Se da gracias por los pasos avanzados. Se pide no tanto de manera individualista, sino por aquellos que sufren y por los que hacen sufrir. En la oración resuena especialmente la con-

flictividad del proceso de liberación. La confesión de los pecados es espontáneamente comunitaria. Nadie se oculta detrás de discursos etéreos, sino que abre el corazón hasta las cosas más íntimas. Es una oración que refleja la liberación del corazón. Se acusan especialmente las incoherencias entre lo profesado y lo vivido, la falta de solidaridad y de compromiso.

## 2. *Oración, expresión de la comunidad liberadora.*

La oración privada tiene su valor permanente y asegurado; pero en los grupos comprometidos la oración es esencialmente un compartir experiencias y prácticas iluminadas y criticadas a la luz de la fe y del Evangelio. La experiencia no se queda en una espléndida privacidad del alma con su Dios, sino que se abre el otro en el escuchar y en el comunicar. Uno reconforta al otro; comenta los problemas del otro. Se ayudan mutuamente en los problemas revelados;

no hay la "vergüenza" sagrada que esconde las visitas y las iluminaciones de Dios. La gran mayoría tiene el alma como un libro abierto. Esto revela ya el proyecto de liberación al interior de la misma comunidad.

## 3. *Liturgia como celebración de la vida.*

La liturgia canónica conserva su carácter vinculante, y es expresión de la catolicidad de la expresión de nuestra fe; pero en la medida en que las comunidades unen fe y vida, mística y política, más y más insertan en lo litúrgico la celebración de la vida compartida por todos. En este campo aflora una rica creatividad que tiene su dignidad y su sacralidad aseguradas por el sentido apurado que el pueblo tiene de lo sagrado y de lo digno; se aprovechan símbolos significativos del grupo, se hacen coreografías y, muchas veces, verdaderos autos sacramentales con expresiones corporales propias del pueblo.

## 4. *Oración hetero-crítica*

La oración liberadora sirve muchas veces de un examen crítico de las prácticas y actitudes de los participantes de la comunidad. Saben criticarse mutuamente sin melindres y susceptibilidades personales. Lo que importa son los criterios objetivos: el Reino, la liberación, el respeto al caminar del pueblo. Desde estas realidades se confrontan las prácticas de los agentes de pastoral. Hay verdaderas conversiones y ayudas que vienen de esta sinceridad y lealtad.

## 5. *Una santidad política*

La tradición cristiana conoce el santo ascético, dominador de sus pasiones y fiel observante de las leyes de Dios y de la Iglesia. Casi no se conocen santos políticos y santos militantes. En el proceso de liberación se ha creado la situación para otro tipo de santidad: más allá de luchar contra sus propias pasiones (constituye una tarea permanente), se lucha contra los



mecanismos de explotación y de destrucción de la comunidad. Ahí emergen virtudes difíciles pero reales: solidaridad con los de su clase, participación en las decisiones comunitarias, lealtad para con las soluciones definidas, superación de todo odio contra las personas que son agentes de mecanismos de empobrecimiento, capacidad de ver más allá de los inmediatismos, y trabajar para una sociedad futura que todavía no se ve ni se va a gozar. Este nuevo tipo de ascesis posee sus exigencias y renunciaciones a fin de mantener el corazón puro y orientado por el espíritu de las bienaventuranzas.

## 6. *Valentía profética y paciencia histórica*

Muchos cristianos comprometidos tienen la valentía, incubada en la fe y en la oración, de enfrentarse con los poderes de este mundo en pro de las causas del pueblo y de su dignidad pisoteada. En esto muestran la "parresía" apostólica de arriesgarse hasta sufrir persecuciones, cárceles, destituciones de trabajo, torturas. Paciencia histórica, siguen el paso lento del pueblo sensibles a sus ritmos, acostumbrados a sufrir represiones. Tienen confianza en el pueblo, en su valor, en su capacidad de lucha, de sus limitaciones, equívocos y atraso intelectual. Se cree vivamente en la fuerza del Espíritu que actúa en los humildes y sufrientes, y en la victoria de sus causas y en el derecho de sus luchas. Esta actitud nace de una visión contemplativa de la historia, de la cual solamente Dios es Señor.

## 7 *Actitud pascual*

Toda liberación tiene un precio. Hay una muerte y una resurrección que deben ser asumidas con jovialidad y serenidad evangélica. No se temen los sacrificios, las amenazas y las situaciones reales de martirio. Todo esto es asumido como parte del seguimiento de Jesús. Hay un sentido fuerte de la cruz como paso necesario para la victoria. La resurrección es vivida como momento en el que triunfa la justicia, en el que el pueblo gana sus luchas y se hace más digna la vida. Es la resurrección de Jesús en marcha como un inmenso proceso de liberación que toma cuerpo en la historia. Esto es celebrado y vivido como forma de presencia del Espíritu en medio de la historia.

Podríamos enumerar otras características de este tipo de oración que se hace cada vez más realidad en las comunidades comprometidas en la liberación de los más necesitados.

Siempre aparece la unidad de oración-acción, fe-liberación, pasión por Dios expresada en la pasión por el pueblo. Más y más se crean las posibilidades objetivas para la emergencia

de un nuevo tipo de cristiano, profundamente comprometido con la ciudad terrena y a la vez con la ciudad celeste, convencido de que ésta depende de la forma como nos hemos

empeñado en la creación de aquélla. El cielo no es enemigo de la tierra: empieza ya en la tierra. Ambos viven bajo el arcoíris de la gracia y del gesto liberador de Dios en Jesucristo.

Esto no es mera teología. Es vida y mística de muchísimos cristianos.



*La Iglesia quiere ser madre de todos los hombres, no a costa de su amor a Cristo..., sino por su comunión íntima y total con Él. La virginidad maternal de María conjuga en el misterio de la Iglesia estas dos realidades: toda de Cristo y con El toda servidora de los hombres."*

*Documento de Puebla #294*